

«¡ Ay de nosotros, Póstumo,  
cómo se escurren, huyen los años... ¡»  
(Horacio, *Carmina* II)

La cultura *ba-ntu* –hombres– ha unido lugar y tiempo en una sola categoría. En nuestro caso, *ARBOR* es esa condición, y a la que Homero atribuiría una cronología mensual y una duración de ocho amplios años. El *berechit* corresponde al mes de enero de 1997, momento que inicia una historia que, aunque ligada al tiempo, no representa una duración continua sino una constelación de instantes: cada uno de los ochenta y tres números de la *Revista*. Y cómo aquel es un hijo de la finitud, la conclusión se consuma con la presente monografía. Un tiempo que, aunque se ha esforzado para seguir el dictado de la pintada en los aseos del *Pecan Street Cafe*, en Austin, Texas –«el tiempo es la manera que tiene la naturaleza para evitar que todo suceda a la vez», una versión actualizada de la estipulación de Leibniz–, en ocasiones ha verificado su carácter discreto que se ha traducido en un orden irregular de sucesiones. Disculpas por ello.

Joaquín Córdoba Zoilo es el editor de este número. Sirva su nombre para agradecer a todos aquellos –editores y colaboradores, personal de la secretaría de redacción (en especial, a Dña. Elena González de Rueda de Lucas por su entrega), imprenta (Solana e Hijos A. G., S. A., que ha mantenido un compromiso editorial sin pausa a pesar de las vicisitudes), miembros de los consejos y presidencia del CSIC– que han construido la historia de *ARBOR* con la que tengo un vínculo inmediato y directo: mi recuerdo. Con respecto a los números pretéritos debo consultarlos. En ambos casos, el testimonio dado de buena fe sobre la base del recuerdo claro –con sus lagunas de olvido, activo y pasivo– y de la sesuda consulta, tiene un valor incuestionable en nuestra propia reconstrucción personal del pasado. «Es posible que los hombres no se entiendan a sí mismos ni su futuro posible y abierto, si descuidan integrar en el acervo de su saber, el conocimiento de la evolución que condujo del pasado al presente», nos recuerda Norbert Elias.

Afortunadamente, los antiguos temores de que sólo sea inteligible un orden fijo de la naturaleza han resultado carecer de fundamento. Miguel Ángel Quintanilla y José Manuel Sánchez Ron nos entregaron a Juan Fernández Santarén y a mí una obra bien hecha, que hemos intentado mantener con dignidad. La ponemos, gustosos, al menos con decoro, en las manos de Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, a quién espera el futuro.

*«Cuando Dendid creó todas las cosas,  
Creó el sol,  
Y el sol nace y muere y vuelve a nacer;  
Y creó la luna,  
Y la luna nace y muere y vuelve a nacer;  
Y creó las estrellas,  
Y las estrellas nacen y mueren y vuelven a nacer;  
Y creó Dendid al hombre.  
Y el hombre nace y muere, y no vuelve jamás.»*

Canción africana, tomada de Heinz R. Pagels)

Pedro García Barreno  
*ARBOR*  
Director (enero 1997–marzo 2005)